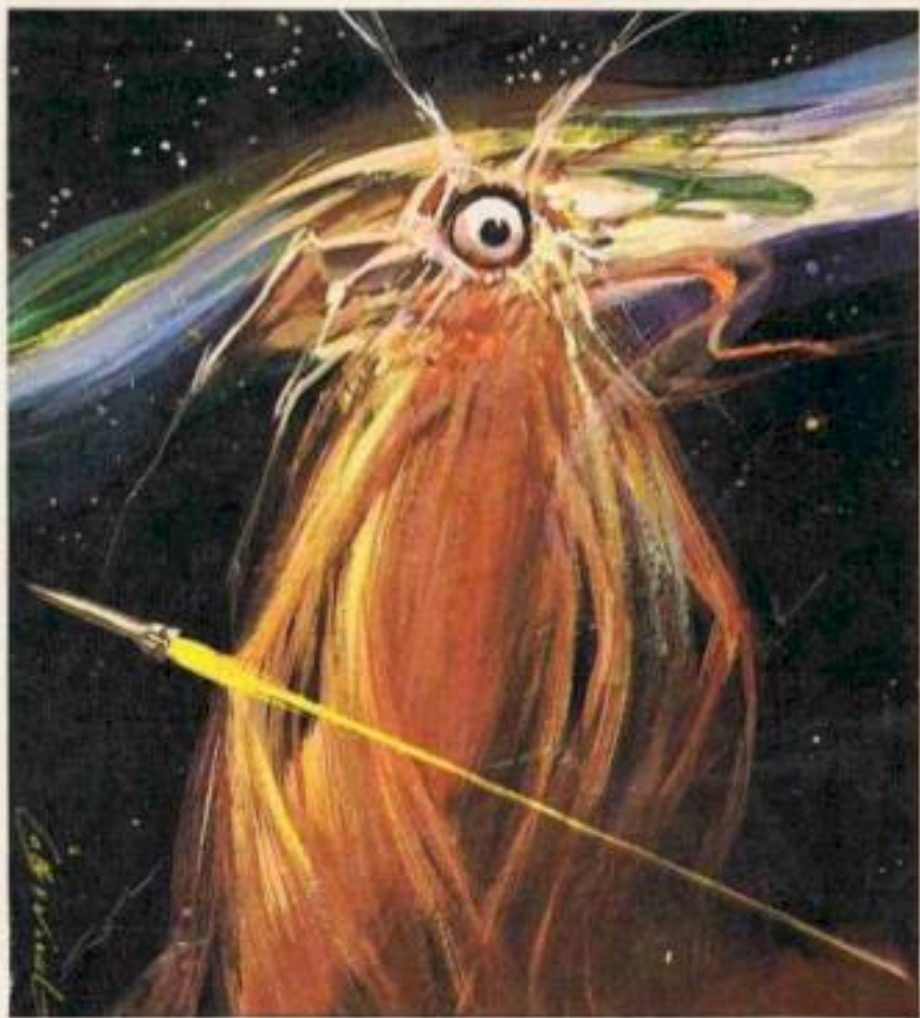


CIENCIA FICCION

3



Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.

Contenido

Presentación: *Fantasía y especulación*, Carlo Frabetti.

La doncella de Orleáns (L'arc de Jeanne), Robert F. Young, 1966.

Y enseñar locamente (And Madly Teach), Lloyd Biggle, Jr., 1966.

El planetoide inepto (Planetoid Idiot), Phyllis Gottlieb, 1967.

Un mensaje de Caridad (A Message from Charity), William M. Lee, 1967.

La extinción (The End of the Line), Chad Oliver, 1971.

PRESENTACIÓN

Fantasia y especulación

Resulta a menudo difícil determinar si un relato es de SF^[1] o, sencillamente, fantástico. Entre la fantasía —en el sentido tradicional del término— y la SF propiamente dicha, hay toda una gama de posibilidades intermedias que hacen borrosas las fronteras y discutibles los criterios de clasificación.

Sin ánimo de establecer reglas o esquemas rigurosos, sino con la única intención de aclarar conceptos, quisiera señalar las características más específicas de la SF, las que más contribuyen a conferirle una fisonomía propia, que la distingue de otras literaturas fantásticas.

En contra de lo que muchos creen, lo que caracteriza a la SF es, más que una temática (científica) o una ambientación (futurista), una estructura, un método.

En primer lugar, la SF conserva la lógica formal. El relato de SF se basa en unas premisas imaginarias, pero una vez establecidas éstas se intenta desarrollar sus consecuencias de una forma lógica y coherente. Por otra parte, las premisas imaginarias no se establecen arbitrariamente, sino que se da (o al menos se insinúa) una explicación científicamente verosímil de los elementos fantásticos utilizados en la narración.

La SF es básicamente especulativa.

No es necesario que un relato trate de seres extraterrestres o naves interplanetarias para que sea de SF. No es necesario, ni tampoco suficiente. Hay una infinidad de cuentos y novelas que se expenden con la etiqueta «ciencia ficción», pero que sólo utilizan los elementos espaciales o futuristas como simple mise en scène, como «coreografía» efectista de una trama convencional y a menudo pueril. A este tipo de productos se les debería llamar cosmowesterns o algo similar, pero no ciencia ficción.

En Y enseñar locamente, por ejemplo, los elementos fantásticos casi no existen: la historia que nos relata es perfectamente verosímil dentro de las coordenadas científicas y sociológicas actuales; sin embargo, su estructura (desarrollo lógico de las consecuencias de unas premisas obtenidas por extrapolación de unos hechos reales) es específicamente propia de la SF. Paradójicamente, este relato, que es el menos fantástico de los incluidos en la presente selección, tal vez sea el más genuinamente fantacientífico.

En la ciencia ficción, la ciencia pone no sólo el tema, sino, principalmente, el método.

¿Y la ficción? ¿Cuál es el papel de la fantasía?

Este aspecto es mucho más difícil de esquematizar, y su exposición exigiría, más que un prólogo, todo un ensayo.

Pero si quiere ir conociendo la respuesta... lea con atención los relatos contenidos en este volumen.

CARLO FRABETTI

LA DONCELLA DE ORLEÁNS

Robert F. Young

La SF «juvenil», escrita pensando principalmente (aunque no sólo en ellos) en los lectores adolescentes, no ha tenido apenas difusión entre nosotros, mientras que en Estados Unidos constituye una de las vertientes más prolíficas del género. Este tipo de SF, huelga decirlo, suele caracterizarse por su tono aventuroso y apasionado, que a veces roza lo épico, y por una dosis más o menos fuerte de ingenuidad. Como es fácil suponer, un elevado porcentaje de esta producción cae en la trivialidad, cuando no en la insulsez.

L'Arc de Jeanne constituye una valiosa excepción. Relato de corte claramente juvenil, ha merecido ser publicado en la más adulta de las revistas de SF, y, aunque al lector maduro no le pasará inadvertida la ingenuidad de algunos elementos de la narración, no por ello dejará de disfrutarla ni de reconocer la validez de su planteamiento. Pues el mayor interés de L'Arc de Jeanne estriba en que se trata de uno de esos escasos relatos que señalan el difícil camino de una auténtica literatura popular.

La 97.^a Unidad de infantería del Decimosexto Regimiento había conseguido desembarcar en la orilla norte del Fleuve d'Abondance, y desplegó sus efectivos por el pie de la ladera aluvial, que daba acceso al Plateau Provençal. En cuanto esa unidad lograra hacerse fuerte en una posición de la meseta, quedaría asegurada la caída de Fleur du Sud, ciudad clave en el hemisferio meridional del planeta Ciel Bleu.

El comandante de la 97.^a unidad, lleno de satisfacción ante el éxito obtenido por sus hombres como parte integrante del plan de desembarco, transmitió por radio su posición a la *GGS Ambassador*, astronave almirante que estaba situada en órbita, y desde donde O'Riordan *el Restaurador*, dirigía la primera fase de la décima y última campaña, en la llamada Segunda Guerra Civil. O'Riordan se sintió complacido por la noticia y ordenó que se procediera inmediatamente a tomar la ciudad. Pronto, se dijo, Ciel Bleu quedaría tan indefenso como los otros nueve planetas secesionistas. Con ello iba a dar un paso más hacia la supremacía política en la que tenía puestas sus miras desde que en la Tierra, seis años antes, destruyera el poder religioso-político de la Iglesia Psicofenomenalista, e instauró el Gobierno Galáctico.

Con las armas de asalto preparadas, la 97.^a Unidad inició el ascenso por la ladera. Los pequeños cascos azules, que parecían boinas desde lejos, iban terciados airoosamente. Los uniformes de campaña, de color escarlata, adquirían el tono de la sangre bajo los rayos del sol matinal. Era primavera, y del sur soplaba una fresca brisa. Resultaba incon-

cebible que Fleur du Sud pudiera reunir las fuerzas suficientes para rechazar la ofensiva.

Sin embargo, cuando la 97.^a Unidad coronaba la pendiente, se halló ante un ejército de defensores. Pero se trataba de un ejército de desarrapados, en realidad, ya que aun, a pesar de la distancia, podía observarse que estaba formado principalmente por viejos, mujeres y niños. A primeras horas de aquella madrugada, el contingente principal del Regimiento 16.^o había desembarcado muy al norte, sorprendiendo y aniquilando a las tropas situadas en las proximidades de Fleur du Sud. El triunfo parecía estar asegurado.

La unidad invasora se disponía a lanzarse al ataque, cuando de entre las filas heterogéneas de los defensores surgió un jinete que montaba un magnífico palafrén negro, y que avanzó con decisión por la planicie. El jinete era una muchacha, una joven que se cubría con una reluciente armadura, y que empuñaba con la mano izquierda un arco, y con la diestra una flecha, ambos extrañamente fulgurantes. Llevaba la cabeza descubierta, y su largo cabello castaño claro ondeaba a impulsos del viento. Sus facciones no se distinguían a aquella distancia, pero su pálido rostro parecía una flor.

Los soldados de la 97 se detuvieron. Eran veteranos de nueve guerras interplanetarias, y, a pesar de ello, un murmullo de temor se difundió por sus filas, como el susurro de las hojas en el bosque.

Unos doscientos metros antes de iniciarse la pendiente, el corcel negro se detuvo. La doncella colocó la flecha en el reluciente arco, y lo tensó. En medio de un silencio de muerte, vibró la cuerda y la flecha se remontó a lo alto, hacia el azul incomparable del cielo. Pero no volvió a caer a tierra; en lugar de ello quedó cerniéndose sobre la unidad atacante, y al momento se convirtió en un rayo de vívido resplandor azulino. Retumbó el trueno y la bóveda celeste se ennegreció sobre la ladera. Comenzó a llover.

Pero el resto del cielo seguía límpido, de un sereno azul, y los rayos del sol se derramaban por la planicie como granos dorados.

Arreció la lluvia, que comenzó a caer densa, torrencial, hasta convertirse en una verdadera muralla de agua. Los oficiales de la 97.^a Unidad ordenaron a gritos a sus hombres que avanzasen, pero éstos se hallaban detenidos por la sorpresa y también por el cieno, que les llegaba ya a los tobillos. El borde de la meseta cedió, y todo el terreno de la ladera comenzó a deslizarse hacia abajo.

Desesperadamente, los soldados trataron de ponerse a salvo, pero estaban en medio de un río de lodo, implacable y vengativo, y corrían peligro de ir a caer a otra corriente aún más furibunda: las aguas revueltas del Fleuve d'Abondance. Parecía que tanto oficiales como soldados iban a correr el mismo sino ignominioso, pero el río no era en realidad más que una furiosa torrentera, y al fin consiguieron ponerse a buen recaudo en la orilla opuesta.

Se reunieron junto a la orilla, como ratas mojadas, y procedieron a contar sus efectivos y provisiones. El comandante transmitió por radio la noticia del desastre a la *Ambassadress*, explicó la causa de la derrota y luego se retiró con sus hombres a una serranía cercana, donde, después de ordenarles que se desplegaran, se puso a fumar un cigarrillo húmedo mientras aguardaba instrucciones del Restaurador.

O'Riordan no desconocía la historia. Se dio cuenta de la analogía, y ante aquella imprevista contienda meteorológica se sintió preocupado. Sabía muy bien hasta qué punto una moderna Doncella de Orleans podía influir en las gentes relativamente primitivas de Ciel Bleu, y sería capaz, aun sin armas que dominasen los elementos, de galvanizar el espíritu de aquellos campesinos. El Restaurador se dijo que tendría que someterlos por la fuerza, mediante bombardeos, si era necesario; pero con ello podía dañar una pro-

piedad que ya consideraba suya. Por fin, ordenó que no sólo se retirase la 97.^a Unidad, y volviera a la astronave, sino que hiciera lo propio todo el Regimiento 16.^o Luego resolvió entregar el mando de la campaña, al menos temporalmente, a Smith-Kolgoz, jefe del Servicio Secreto.

En menos de una semana, el nuevo comandante le entregó un informe completo y elaboró un nuevo plan.

Raymond D'Arcy, descifrador de segunda clase del GGS *Watchdog*, nunca había tomado parte en una junta de guerra, hasta aquel día, y jamás había estado tampoco en la astronave *Ambadress*. Se sentía intimidado y algo temeroso.

La *Ambadress* era una verdadera ciudad que flotaba en el cielo. En el grandioso navío, aparte de la dotación, habitaba el propio O'Riordan junto con sus consejeros, colaboradores, guardias personales, ministros de guerra y jefes de Estado Mayor, sin olvidar su policía secreta, su cuerpo de Control Civil, de Reorganización, de Inteligencia, sus médicos, sus cocineros personales, sus queridas, sus ayudas de cámaras, sus manicureras y sus barberos.

Tanto por su forma como por su color, el navío almirante parecía una monstruosa naranja. Sin embargo, aquella tonalidad anaranjada no era la verdadera, sino el resultado de reflejarse la luz de las estrellas sobre la aleación especial de la que estaba hecho el casco. En conjunto, la espacionave se componía de siete cubiertas, de las cuales la central, que era la más amplia, servía de alojamiento a los departamentos ejecutivo, administrativo y judicial, con su correspondiente personal. Dichos sectores rodeaban una amplia zona llamada El Parque, donde crecían árboles y césped de verdad, y en cuyo centro había una plaza de pavimento asfaltado.

Las cubiertas se comunicaban mediante rampas y ascensores, y cada planta estaba dotada de pasillos transporta-

dores muy rápidos. Además, los siete pisos poseían sectores de escape, para casos de emergencia, con embarcaciones salvavidas. El número de éstos era proporcional a las dimensiones e importancia de cada una de las plantas. La fuerza de gravedad se mantenía artificialmente, en todo momento, por medio de bobinas de inducción alojadas en el piso de las cubiertas. Las máquinas propulsoras del navío se hallaban en la cubierta número uno, donde nadie podía entrar, excepto el personal de mantenimiento de la *Ambassador*.

La sala de la Junta de Guerra formaba parte de la unidad ejecutiva y daba al Parque. D'Arcy se hallaba de pie ante uno de los ventanales, contemplando con deleite los árboles, la hierba y los estanques artificiales, que doraban los rayos de un sol artificial. Crecían las flores en los patios hidropónicos, entre cuyas plantas se ocultaban altavoces que emitían nostálgicos y melodiosos trinos de pájaros, grabados en cintas magnetofónicas. Trató D'Arcy de identificar los distintos cantos y llamadas de las aves, pero unas voces a sus espaldas se lo impidieron. Por fin se dio cuenta de que alguien estaba dirigiéndose a él.

—Por aquí, D'Arcy —le decían—. O'Riordan bajará en seguida.

Se acercó el aludido a la gran mesa de la Junta, y se instaló en el asiento que le indicaba el coordinador. Ante él había un vaso de agua, y tomó unos sorbos, pues tenía seca la garganta. Se sintió incómodo al observar los rostros de las personas con aire importante que estaban al otro lado de la mesa. Le pareció que aun del lado donde él se sentaba, su aspecto desentonaba con el de los demás. Se oyó el ruido de una puerta al abrirse y cerrarse, y siguió un profundo silencio.

—¡De pie! —ordenó el coordinador de la Junta, y todos le obedecieron.

D'Arcy había visto a O'Riordan en los telediarios, pero nunca en persona. Era un hombre bajo, de aire dinámico,

rostro achatado y vivaces ojos castaños. No aparentaba los sesenta años largos que tenía. De compleción sanguínea, apenas se le veía una arruga en el semblante, exceptuando las muy acentuadas que se le formaban en las comisuras de los ojos. El pelo era de un rubio pajizo, ligeramente entrecano. A pesar de su espléndido uniforme azul con las insignias doradas de comandante supremo, tenía el aspecto de lo que fuera en sus comienzos, un pobre labriego que, gracias a su decisión y astucia campesina se había convertido en un príncipe de la política.

Rodeado por los fornidos miembros de su guardia personal, entró en la sala y tomó asiento a la cabecera de la mesa de la Junta.

—¡Tomen asiento! —exclamó el coordinador, y de nuevo fue puntualmente obedecido.

O'Riordan encendió un cigarrillo, y tras lanzar unas bocanadas echó un vistazo a las dos filas de rostros. Parpadeó algo desconcertado cuando observó el semblante de D'Arcy, pero sus ojos se iluminaron de nuevo al ver las facciones aquilinas del jefe del Servicio Secreto.

—Muy bien, Smith-Kolgoz —declaró—; oigamos lo que ha conseguido averiguar.

El aludido se puso en pie y contestó:

—Creo que será mejor, Excelencia, que escuchemos el informe directamente del hombre que lo ha preparado, Leopold Mac Grawski, el jefe de las Operaciones de Campaña.

Se puso en pie un hombre robusto con atuendo civil, mientras que Smith-Kolgoz volvía a sentarse. Se inició así de hecho, la Junta de Guerra.

—Seguimos el rastro de la muchacha, Excelencia —dijo Mac Grawski—. Para ese objeto destiné a tres agentes experimentados, que se encargaron del caso. Descubrimos que el nombre de la chica es Juana María Valcouris, y que vive sola en una cueva de el Bois Féérique. Éste es un bosque extenso que rodea una bucólica población llamada

Baudelaire, situada en el Plateau Provençal, unos cincuenta kilómetros al norte de Fleur du Sud. Los habitantes de la zona conocen a la joven como *La Pucelle du Bois Féérique*, y de no haber sido por la decisión de Vuestra Excelencia de suspender por el momento las hostilidades, impidiendo así que apareciese en otros campos de batalla, su apodo se habría difundido por todo el planeta, arraigándose en la mente de sus compatriotas, que la hubieran erigido en heroína del movimiento nacional psicofenomenalista. Según parece, el celo religioso-patriótico sigue vivo en esas gentes, y ella podría contribuir a atizarlo.

»Como ocurre con la mayor parte de las poblaciones de Ciel Bleu, Baudelaire es un pueblo atrasado y campesino, firmemente apegado al espíritu contrario al progreso que los colonizadores franceses trajeron al planeta hace tres siglos. La madre de Juana María Valcouris murió al nacer la pequeña, y su padre falleció nueve años más tarde. Entonces llevaron a Juana a un orfanato de los alrededores del pueblo. Hasta los doce años se comportó de un modo normal, pero luego, inexplicablemente, se escapó, escondiéndose en el Bois Féérique. Los encargados del orfanato dieron con ella al fin. Estaba viviendo en una cueva natural y parecía gozar de excelente salud, pero cuando intentaron llevarla de vuelta al asilo, la niña hizo algo que les causó un pavor tremendo. Huyeron del bosque y no volvieron a molestarla. No hemos podido precisar exactamente lo que hizo Juana en aquella ocasión, pero ya antes de la batalla de Fleur du Sud los habitantes de Baudelaire la consideraban como una especie de bruja diabólica. Sin embargo, desde el día del enfrentamiento han cambiado de parecer y ahora la tienen por una hechicera benéfica, aunque siguen sin decidirse a entrar en el Bois Féérique.

»Según parece, la actitud de esas gentes está en gran parte justificada. Algunos aseguran haberla oído hablar con los árboles y las flores, y los pocos osados que se atrevieron a preguntarle, afirman que les contestó que no hablaba

con plantas ni árboles, sino que respondía a “voces de su cabeza”. Además...

—¿Voces? —le interrumpió O’Riordan.

—Sí, Excelencia. Es evidente que la muchacha padece alucinaciones del tipo que suelen presentarse cuando existe una desnutrición intensa. Sabemos que fue educada en la doctrina psicofenomenalista y creo que se trata de una fanática que ayuna a veces varias semanas seguidas. En tales circunstancias, lo extraño habría sido que no hubiese oído aquellas voces, ni tenido visiones.

—Pero, ¿y el arco? —preguntó O’Riordan—. ¿Dónde lo obtuvo?

—Lamento decir que no hemos podido averiguar eso, Excelencia —repuso Mac Grawski—. Lo lleva consigo a todas partes adonde va, y también cuelga de su hombro un carcaj con abundantes flechas. Deduciendo que es un arma capaz de provocar lluvia a partir de una nube aislada tiene que ser un objeto temible, ordené a los agentes que no se mostrasen abiertamente ante ella, más que en caso absolutamente necesario, y que en ningún momento la provocaran. Tal vez si hubieran entrado cuando ella no estaba en la cueva, podrían haber averiguado algo más, pero...

—¿Por qué no entraron, entonces? —preguntó O’Riordan—. ¿Qué les detuvo?

Smith-Kolgoz se puso rápidamente en pie e intervino diciendo:

—Yo les ordené que no lo hicieran, Excelencia. Cuando la hubieron localizado, tracé un plan, para apresarla, que hubiera entrañado un mínimo de riesgos. No quise que obraran precipitadamente. Por otra parte, comprendí que para llevar a cabo con éxito el proyecto era necesario saber todo lo posible acerca de la personalidad de la muchacha, de modo que ordené a los agentes que interrogasen a los aldeanos que la habían conocido antes de que huyera del orfanato, a fin de conocer sus gustos, sus costumbres y su

actitud respecto a la vida. Desea usted que la hagamos prisionera, ¿no es cierto?

—Desde luego —contestó O’Riordan.

—Bien. Entonces, Excelencia, le diré lo que he hecho hasta ahora. En primer lugar, he sometido a la computadora de la *Ambassadors* todos los datos relativos a la muchacha obtenidos por los agentes, y la siguiente orden: «Describase física, emocional e intelectualmente el tipo de varón que puede influir más a fondo sobre esa hembra». Luego he comparado la descripción del cerebro electrónico con la ficha personal de todos los hombres de la flota. Ha sido una tarea laboriosa. Excelencia, puedo asegurárselo, pero valió la pena. Como es lógico, no he podido hallar el hombre que se ajusta exactamente a los datos específicos, pero sí pude conseguir uno, que tal vez, es el único apto para triunfar en la empresa. A mi juicio, tiene excelentes posibilidades de inspirar afecto a la muchacha, luego amor, y por lo tanto confianza, también. Cuando haya conseguido esto, será para él un juego de niños apoderarse de su arco, e incluso conseguir que ella lo acompañe voluntariamente hasta la *Ambassadors*. Y si no logra que lo haga de buen grado, entonces podrá recurrir a la fuerza.

Smith-Kolgoz hizo una pausa, y D’Arcy lo comparó para sí mismo con un perrito que hubiera recuperado la pelota lanzada por su dueño, y esperase unas palmadas afectuosas en la cabeza, por su hazaña. Pero O’Riordan no pareció haberse dejado impresionar.

—¿Y quién es ese irresistible componente del sexo masculino? —preguntó fríamente, observando a D’Arcy con abierto desdén.

—D’Arcy, levántese —mandó Smith-Kolgoz.

El aludido obedeció visiblemente intimidado.

—Raymond D’Arcy, descifrador de segunda clase del *GGS Watchdog*, Excelencia —manifestó Smith-Kolgoz, y prosiguió diciendo—: No sólo posee las principales cualidades requeridas, sino que es descendiente de los prime-